

levó en el fuego, recluta y sin el nervio de los soldados del núm. 8 de los Andes, se sobrecogió al encontrarse frente de todo el ejército enemigo, y cejó en el primer momento; pero luego reaccionó con brío. El terreno era estrecho para los despliegues, lo que favorecía á los independientes, que retardados en su marcha tenían que entrar en pelea á medida que coronaban la cima de la montaña. Sucesivamente fueron entrando en línea los batallones colombianos, relevándose en el fuego hasta agotar sus municiones, pues el parque había quedado á gran distancia á retaguardia. El enemigo ganaba terreno. Una carga á la bayoneta del batallón colombiano Paya equilibró el combate. Los realistas procuraron entonces flanquear la izquierda independiente á favor de la espesura del bosque, y ya alcanzaban la cima, cuando aparecieron tres compañías del famoso batallón inglés « Albión », y tomaron por el flanco á los flanqueadores, derrotándolos. El coronel Córdoba con el centro, sostenido por las compañías del « Albión », completó la victoria, echando cuesta abajo el resto del ejército enemigo, que se refugió en la ciudad al abrigo de sus fuertes. Eran las doce del día 24 de mayo de 1822.

La caballería española había presenciado el combate, formada en los suburbios de Quito, y era la reserva con que contaba Aymerich para retirarse á Pasto. La caballería independiente, que no tomó parte en la batalla, por no permitirle el terreno, fué lanzada en su persecución, obligándola á ponerse en fuga y dispersarse más tarde. El general Sucre intimó rendición á la ciudad. Aymerich capituló, entregando las fortalezas, las tropas y el armamento (25 de mayo de 1822). Los realistas perdieron: 1.100 prisioneros de tropa y 160 jefes y oficiales capitulados; 400 muertos, además de 190 heridos; 14 piezas de artillería; 1.700 fusiles y sus banderas. Los independientes tuvieron 200 muertos de los cuales cerca de la mitad correspondían á los batallones pe-

ruano-argentinos, y 140 heridos de las dos divisiones aliadas (29).

Esta victoria, obtenida por el común esfuerzo de las armas de la insurrección del sud y del norte de la América meridional, reunidas por la primera vez, puso el sello á la alianza continental.

## VIII

Las batallas de Bomboná y Pichincha pusieron término á la guerra del norte de la América meridional, y cuadraron el territorio de Colombia, según el plan geográfico de su constitución. Bolívar, que después de Bomboná se había replegado á Patía y reorganizado un nuevo ejército de 2.000 hombres, según queda relatado, propuso una capitulación á la provincia de Pasto, precisamente en el mismo día en que Sucre trepaba el volcán de Pichincha para dar la batalla que debía poner término á la campaña y dar fuerza á la

(29) Para la descripción de esta batalla hemos tenido presente: 1.º Partes oficiales de Sucre de 25 y 28 de mayo de 1822. — 2.º Parte oficial de Santa Cruz de 28 de mayo de 1822. — 3.º M. A. López (actor en la batalla): « Recuerdos Históricos », pág. 71 y sig. — 3.º Lavallo (testigo presencial): « Contestación al *Cóndor de Bolivia*, op. cit. — 4.º Torrente (autoridad española): « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. III, página 377 y sig. — Restrepo (historiador colombiano): « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 210 y sig. — Ceballos (historiador ecuatoriano): « Resumen de la Hist. del Ecuador », t. III, pág. 385 y sig. — Informes verbales del general Félix Olazábal, actor en la batalla. — Algunos historiadores dan 300 muertos á los independientes, tomando este dato del parte de Santa Cruz, que incluye los heridos. Sucre sólo da 200 muertos en su parte oficial, y esta es la versión que seguimos. Los muertos de los batallones peruano-argentinos fueron noventa y seis y sesenta y siete heridos. En cuanto á la denominación de los batallones peruano-argentinos que damos al núm. 2 y al núm. 4 del Perú, ella se justifica porque el primero tenía por base y nervio una compañía veterana del núm. 8 de los Andes, y ambos eran mandados por jefes argentinos.

intimación del Libertador paralizado en sus operaciones. La noticia de la derrota del ejército de Quito decidió al coronel Basilio García á capitular. Pero los indomables pastusos fanatizados, que aun contaban con 2.000 hombres armados, se resistían á abatir su bandera, y querían continuar, aunque fuese solos, su resistencia. « Guerra á los rebeldes y á los herejes », era su grito. Fué necesario que García llamase en su auxilio al obispo de Popayán, Jiménez de Padilla, que hasta entonces había inflamado á los realistas del valle de Cauca y á los pastusos con sus predicaciones, combatiendo á su cabeza con la cruz y con la espada, y los persuadiese de que debían deponer las armas. Merced á esta poderosa influencia espiritual, firmóse una capitulación en que se concedió sin restricciones á los pastusos todo lo que pidieron (8 de junio de 1822). Se reconoció á los capitulados el derecho de no tomar partido contra su voluntad en favor de Colombia, ni ser destinados en ningún tiempo á los cuerpos vivos del ejército de la república, manteniendo su organización de milicias urbanas en sus respectivos distritos, sin que jamás pudieran ser obligados á salir fuera de su territorio. Otra de las condiciones estipuladas, fué, que « no hubiese la más mínima » alteración en cuanto á la sagrada religión C. A. R. y á lo » inveterado de sus costumbres », que fué concedida por el Libertador declarando: « que la república de Colombia se » gloriaba de estar bajo la protección de la religión de Jesu- » cristo y no cometería jamás el impío absurdo de alterar- » la » (30). El Libertador entró triunfante en Pasto, y tuvo así la gloria de someter pacíficamente á la indomable provincia realista, que por el espacio de diez años había resistido á todos los ejércitos de Colombia, había hecho frente durante

(30) Capitulación de Pasto, ratificada por Bolívar el 8 de junio de 1822. (« Docs. para la Hist. del Libertador ». núm. 2038.)

los últimos ocho meses de la campaña á no menos de nueve mil soldados aniquilando más de la mitad de ellos, y obligado la mismo Bolívar á retroceder quebrado ante sus armas, salvando al fin su autonomía bélica. Bolívar, embriagado por la gloria, se dirigía á los colombianos: « Desde las riberas » del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército libertador » marchando de triunfo en triunfo ha cubierto con sus armas » protectoras toda la extensión de Colombia. Participad del » océano de gozo que inunda mi corazón, y elevad en los » vuestros altares al ejército libertador, que ha dado gloria, » paz y libertad » (8 de junio).

La deificación de los ejércitos de Colombia, levantados á los altares por su libertador, inauguraba el pretorianismo sudamericano, que debía pesar sobre la América independizada y acabar con el Libertador. Los soldados de Colombia, ensoberbecidos con sus triunfos, identificándose con la fortuna y el espíritu de su gran caudillo, empezaron á tratar á los pueblos libertados como pueblos conquistados. Los vencedores de Pichincha, enarbolaron en Quito las banderas de Colombia, declarándolo incorporado de hecho á la gran república en presencia de las tropas auxiliares que habían concurrido á su libertad. La municipalidad de Quito protestó contra este avance, que contrariaba los votos de la mayoría de los ciudadanos y ajaba la dignidad popular que representaba. Los municipales fueron desterrados militarmente en castigo de esta resistencia de mera forma (31). Sucre, no obstante trabajar en el mismo sentido, pero con habilidad y moderación, reparó esta inútil violencia, y desarmó la oposición, perfec-

(31) Este hecho que silencian los historiados colombianos, está consignado en un escrito notable publicado en los periódicos de Nueva Granada y Panamá con el título de « Historia de la escuela boliviana en Colombia », que se refiere al acta publicada en *El Genio del Rimac*, de Lima, de 2 de noviembre de 1823, periódico de la época.

cionando el acto con formas más regulares (29 de mayo). Cuando Bolívar llegó á Quito, todo estaba sometido á las bayonetas colombianas. Los libertados recibieron al Libertador con entusiasmo, votándole la entrada triunfal que venía buscando, y una nueva y merecida corona de oro imitando laureles, como la de Caracas y Bogotá (16 de junio de 1822).

Los dos libertadores del norte y del sud, proclamaron entonces á la faz del mundo, la gran alianza de las armas triunfantes de la insurrección sud-americana, sellada en Pichincha. Bolívar decía desde Quito á San Martín: « Los » beneméritos libertadores del Perú han venido con sus ar- » mas vencedoras á prestar su poderoso auxilio en la cam- » paña que ha libertado tres provincias del sud de Colombia. » No es nuestro tributo de gratitud el de un simple homenaje, » sino el deseo más vivo de prestar los mismos y aun más » fuertes auxilios, si es que ya las armas libertadoras del sud » de América no han terminado gloriosamente la campaña » que iba á abrirse. El ejército de Colombia está pronto á » marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen » (32). San Martín contestaba, que « los triunfos de Bomboná y Pi- » chincha habían puesto el sello de la unión de Colombia » y del Perú, asegurando la libertad de ambos estados, y que » consideraba bajo un doble aspecto estos sucesos, consuma- » da con heroísmo la obra del Libertador, siendo el Perú el » único campo de batalla que quedaba en América » (33).

Toda la América meridional estaba independizada y barrida de enemigos desde Méjico hasta el Cabo de Hornos: sólo quedaba Puerto-Cabello en Colombia y una parte del Perú

(32) Ofi. del Presidente de Colombia al Protector del Perú, de 17 de junio de 1822. (« Cartas del Libertador », en *Memorias* de O'Leary, tomo XXX, pág. 245.

(33) Ofi. de San Martín á Bolívar de 13 de julio de 1822, que después se citará textualmente in extenso.

por libertar. Hacia el Perú convergían los ejércitos triunfantes de la insurrección sud-americana, y sus dos grandes libertadores iban á encontrarse bajo la línea divisoria de sus campañas continentales y punto de reunión de sus armas aliadas. El plan de campaña continental de San Martín estaba ejecutado en el sud y el de Bolívar en el norte. La historia no presenta ejemplo de una combinación militar más vasta, que se desenvuelve con método al través de un mundo, se prosigue con perseverancia por el espacio de doce años, y da por resultado la concentración de las fuerzas revolucionarias en el punto estratégico de la victoria final, obedeciendo á la ley que las gobierna y á la inspiración sistemática de los generales que las dirigen.